

EL TÁNDEM SANGRÓNIZ-PONCE DE LEÓN. LA ACCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA EN ITALIA DURANTE EL PRIMER FRANQUISMO, 1945-1952

Pablo del Hierro
Universidad de Maastricht

«La única fórmula para nosotros no puede ser más que: orden, unidad y aguantar». Esta frase, escrita por Luis Carrero Blanco en un informe para Franco en el año 1945, es una de las más utilizadas por los historiadores que se dedican al estudio de la política exterior española durante el primer franquismo. De hecho, desde que fuera publicada por primera vez por Manuel Espadas Burgos, ésta aparece como documento clave en la mayoría de libros y manuales sobre el tema.¹

Qué duda cabe de que la frase es muy atractiva y como cita queda muy bien. En este sentido, se parece a esas frases tan ingeniosas de políticos como Henry Kissinger o Giulio Andreotti con las que tanto los historiadores estadounidenses como italianos han trufado sus trabajos. Sin embargo, y como ha explicado el historiador estadounidense Robert Macmahon, esas frases, aunque queden muy bien y contribuyan a acercar la historia a la sociedad, a menudo pueden ser engañosas y, por ende, deben ser usadas con mucho cuidado. Lo mismo ocurre con la frase de Carrero. Y es que se trata de una frase que transmite la sensación de una estrategia diplomática pasiva, rozando el límite de la inactividad a la espera de que los acontecimientos internacionales evolucionaran de tal manera que permitiesen la supervivencia del régimen franquista. Es como si la consigna de los diplomáticos españoles hubiese sido la de cruzarse de brazos

y esperar a que la Guerra Fría comenzase para beneficio de España. A día de hoy disponemos de importantes estudios que demuestran que ése no fue el caso. Como han establecido autores como Lorenzo Delgado, Laura Branciforte, Carlos Sanz o Javier Muñoz Soro (entre otros), la diplomacia española se mostró muy activa durante esos primeros años después de la Segunda Guerra Mundial, especialmente en el terreno de la acción cultural.² La situación europea entre 1945 y 1947 no estaba nada clara y los diplomáticos españoles no tenían la certeza de que un conflicto internacional fuese a estallar entre Moscú y Washington. La mayoría de funcionarios en el Palacio de Santa Cruz y de embajadores españoles en el mundo sabían que la supervivencia del régimen dependía de ellos y de su labor en ese momento. Estos actores también estaban firmemente convencidos de que, en el difícil contexto que seguía a la desaparición del Eje, el prestigio de la cultura española era una de las pocas armas a disposición que permitiría mejorar la imagen exterior del régimen y, por ende, obtener beneficios diplomáticos. De esta manera, las autoridades españolas comenzaron en ese momento a adoptar una política que combinaba la acción cultural con la propaganda, todo ello con un doble objetivo. Por un lado, proyectar una imagen de España como país tradicional, católico, culto, neutral y anticomunista, entre aquellos sectores que se sentían

más atraídos por su patrimonio artístico e intelectual. Y por otro lado, captar para la causa española a los hispanófilos y los grupos católicos de occidente e Hispanoamérica. Es por esto que, como defiende Lorenzo Delgado, resulta imposible desligar la acción cultural española de la componente propagandística, a la hora de estudiar la política exterior de los primeros años del franquismo.³

Uno de los principales blancos de esta nueva política fue Italia. En efecto, las autoridades españolas se convencieron rápidamente después del final de la Segunda Guerra Mundial, que la joven democracia italiana podía ser un aliado interesante en un contexto internacional que cada vez parecía más complicado para la supervivencia del régimen de Franco. A este convencimiento contribuían distintos factores. El nuevo gobierno italiano, con un fuerte peso de la Democracia Cristiana, era uno de los que menos objeciones había planteado hasta ese momento a la dictadura franquista, al menos públicamente.⁴ En efecto, las autoridades italianas, enfrascadas en el proceso de reconstrucción del país, eran conscientes de que para llevar a cabo su tarea era necesario movilizar todos los recursos a su disposición. Por otro lado, el país seguía manteniendo una cantidad considerable de intereses económicos en España —entre los cuales destacaba el gran número de empresas que allí operaban. Así pues, el nuevo gobierno italiano se encontraba dispuesto a mantener relaciones con el régimen de Franco, siempre y cuando este gesto reportara beneficios económicos.⁵ En segundo lugar, los diplomáticos en el Palacio de Santa Cruz estaban firmemente convencidos de que ambos países compartían intereses, desafíos y problemas en la esfera internacional. El futuro de estos dos países mediterráneos pasaba entonces por un acercamiento progresivo que eventualmente debería desembocar en la firma de un gran acuerdo de colaboración política, objetivo último de la diplomacia española. Finalmente, el gobierno de Madrid creía que el mantenimiento de relaciones amistosas con un

país que estaba dejando atrás su pasado fascista y que además era la sede del papa podía contribuir enormemente a mejorar la imagen exterior del régimen de Franco.⁶

En conclusión se puede afirmar que la mejora de las relaciones hispano-italianas se había convertido a partir del año 1945 en una prioridad para el gobierno español. Para ello, los diplomáticos españoles debían movilizar todos sus recursos incluyendo la combinación de acción cultural y propaganda. Dos de los principales encargados de llevar a cabo esta estrategia fueron José Antonio de Sangróniz, embajador en Roma entre 1945 y 1956, y Mario Ponce de León, consejero cultural, también en Roma, entre 1945 y 1952. Estas dos figuras formaron durante siete años un tándem diplomático que destacó por su gran actividad y dinamismo. Especialmente relevante fue su actuación en el plano de la acción cultural, llegando incluso a trazar un ambicioso plan para la expansión de la cultura española en Italia. Su objetivo principal era acabar con la imagen que la sociedad italiana tenía de España como un país fanático e ignorante, y transformarla por la de un país culto y con una rica tradición intelectual.⁷

El objetivo de este artículo será, pues, el de analizar la labor llevada a cabo por ambos diplomáticos en un esfuerzo por entender la acción cultural española hacia Italia en los primeros años tras el final de la Segunda Guerra Mundial. Al mismo tiempo, este artículo tratará de evaluar las consecuencias de la acción cultural española en Italia comprobando si fue capaz de cambiar las imágenes y percepciones que la sociedad italiana tenía de España. En este sentido, discutiremos las limitaciones de una política cultural que, a pesar del apoyo institucional que recibió formalmente, realmente no tenía claros unos objetivos a medio o largo plazo que fuesen más allá de la supervivencia del régimen de Franco. El siguiente artículo estará basado, por tanto, en fuentes primarias provenientes principalmente del archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid.

La llegada de Sangróniz a Roma

El 10 de mayo de 1945 aterrizaba en Roma José Antonio de Sangróniz para ocupar el cargo de Embajador español en Roma. Hay que recordar que dicha plaza había quedado vacante desde el verano de 1943 cuando el anterior Embajador, Raimundo Fernández Cuesta, había regresado a España para informar acerca de sus gestiones con el gobierno italiano y con el Eje.⁸ Sin embargo, la firma del armisticio con los aliados el 8 de septiembre y la posterior división del país en dos, la República Social Italiana (RSI) en el Norte y el Reino de Italia en el Sur, habían aconsejado al gobierno español retrasar indefinidamente el regreso a Roma de Fernández Cuesta, al menos hasta que la situación política se aclarara. Esta decisión se enmarcaba en la nueva política de estricta neutralidad adoptada por el gobierno español y que tenía en el ministro de Asuntos Exteriores, conde de Jordana, su mayor garante. La nueva estrategia diplomática consistía en el abandono de la neutralidad benévola hacia el Eje mantenida hasta ese momento, en favor de una posición más equilibrada para con los aliados. Para ello, lo ideal era empezar a mostrar una actitud más amistosa para con los británicos y estadounidenses pero siempre evitando posibles enfrentamientos con el Eje. En este contexto, el gobierno español lidió con gran pragmatismo con la situación italiana. Por un lado, España seguiría reconociendo oficialmente a la Italia de Badoglio, aunque no nombraría a un nuevo embajador hasta el final de la guerra. Por otro, España no reconocería oficialmente a la RSI, aunque sí nombraría a un representante no oficial para mantener conversaciones con el gobierno de Saló (en este caso el cónsul español en Milán, Carlos Canthal).⁹

Sin embargo, la situación había cambiado radicalmente en la primavera de 1945. El final de la guerra y la desaparición de la RSI, dejaban al Reino de Italia como única opción política. Consciente del nuevo contexto, el gobierno español había decidido en Consejo de ministros

celebrado en febrero de 1945 iniciar el proceso de normalización diplomática con el Reino de Italia. Este proceso alcanzaría su punto culminante con el nombramiento de José Antonio de Sangróniz para la embajada ante el Quirinal. La elección de Sangróniz para ese cargo dejaba bien a las claras las nuevas intenciones del gobierno español. Además de monárquico y católico (cosa que podía beneficiarle a la hora de establecer contacto con la Democracia Cristiana italiana), Sangróniz era en ese momento uno de los diplomáticos más prestigiosos del país. Ya en 1923 había estado al frente de la Oficina de Relaciones Culturales (ORCE), organismo fundado en 1921 en el seno del Ministerio de Estado y que estaba encargado de recabar información y preparar iniciativas que fomentasen la presencia cultural española en el extranjero.¹⁰ Durante la Guerra Civil española, además de ocupar un puesto en la Junta de Relaciones Culturales, se había convertido en pieza clave, junto con Nicolás Franco, en la construcción de los servicios diplomáticos franquistas.¹¹ Sin embargo, sus simpatías proaliadas y su filiación monárquica habían hecho que quedara relegado a una posición secundaria durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial.¹² No obstante, cuando el conflicto bélico empezó a decantarse a favor de los aliados, y el régimen de Franco se vio obligado a adoptar una política más neutral, sus servicios volvieron a ser necesarios. En agosto de 1943, Sangróniz era nombrado representante no oficial frente al Comité Francés de Liberación Nacional (CFLN) en Argelia, un cargo de gran relevancia en ese momento. Unos meses más tarde, Sangróniz se desplazaba a París en calidad de representante diplomático ante la nueva Francia de De Gaulle.¹³ Estos nombramientos demuestran la importancia que Sangróniz tenía dentro de la diplomacia española de la posguerra. Es por ello que su designación como embajador en Roma, en febrero de 1945, debe interpretarse como una firme declaración de intenciones por parte del gobierno español de su deseo de entablar unas relaciones diplomáticas amistosas con el nuevo

gobierno italiano.¹⁴ Y esas fueron precisamente las instrucciones que recibió Sangróniz al llegar a Roma: normalizar las relaciones diplomáticas, reanudar los intercambios comerciales, reforzar los vínculos económicos y militares y como colofón firmar un acuerdo político que permitiera a ambos países defender sus importantes intereses en el Mediterráneo, evitando así la posible expansión soviética en la zona.¹⁵

No obstante, su labor no iba a ser nada sencilla. Aunque había sectores de la política italiana que favorecían un acercamiento al régimen de Franco por puro pragmatismo (parte de la «Democrazia Cristiana» y los sectores más conservadores), la mayoría de los partidos que formaban el Gobierno eran claramente antifranquistas. No debemos olvidar que desde 1944 el Reino de Italia estaba dirigido por un Gobierno de concentración nacional compuesto por la Democrazia Cristiana (DC), el Partito Liberale Italiano (PLI), el Partito Comunista Italiano (PCI), el Partito Socialista Italiano (PSI), el Partito Democratico del Lavoro (PDL), y el Partito d'Azione (PdA), siendo estos cuatro últimos notoriamente antifranquistas. Por si esto fuera poco, existían también importantes sectores de la sociedad italiana que no olvidaban la ayuda prestada por Mussolini a los ejércitos franquistas durante la Guerra Civil española y que, por ende, deseaban la desaparición de lo que consideraban como último resquicio de fascismo en Europa. Esta hostilidad hacia el régimen de Franco había comenzado a evidenciarse durante el verano de 1944 con la entrada de los aliados en Roma y quedaba patente sobre todo en la prensa donde proliferaban los ataques contra la España franquista.¹⁶ El final de la Segunda Guerra Mundial, con la liberación del Norte de Italia, no había hecho más que acrecentar tanto la animadversión como los ataques de la prensa al régimen de Franco, lo cual preocupaba profundamente a las autoridades españolas. Estos ataques tuvieron su punto culminante en febrero de 1945 cuando Pietro Nenni, líder del PSI y uno de los políticos más respetados del país,

escribía un artículo para el diario *Avanti* en el que solicitaba oficialmente que el reino de Italia rompiera relaciones con España y retirara al recién nombrado embajador en Madrid, duque Gallarati Scotti. Aunque esta petición fue desestimada por el gobierno entonces presidido por el reformista Ivano Bonomi, más preocupado por sacar a Italia de las penurias económicas que padecía que por los aspectos éticos de las relaciones con España, el gesto dejaba patente la antipatía hacia el régimen de Franco que reinaba en la sociedad italiana de la época.¹⁷

Ya desde el primer momento, Sangróniz se dio cuenta de la difícil situación en la que se encontraba. En su opinión, el primer y fundamental paso consistía en frenar la agresiva campaña antiespañola que la mayoría de la prensa italiana estaba llevando a cabo desde hacía casi un año. Solamente así se podría empezar por cambiar la imagen que la sociedad italiana tenía de España, esto es, la de un país fascista, salvaje, inculto, fanático y violento. Para ello, era necesario reactivar la oficina de prensa de la Embajada que vivía en un estado de precariedad desde el verano de 1943. Una vez la prensa italiana moderara sus ataques, se podía pasar al gran objetivo del Gobierno español que era normalizar las relaciones bilaterales y empezar a cambiar las imágenes y percepciones que la sociedad italiana tenía sobre España, mostrando a un país neutral, anticomunista, católico y tradicional.¹⁸ Para ello, Sangróniz sabía que podía contar con un instrumento muy útil: la importante presencia de la cultura española que se mantenía en Italia a través de un gran número de instituciones que llevaban operando desde hacía mucho tiempo. De entre ellas, destacaban por su magnitud y por su arraigo el Real Colegio Mayor de San Clemente en Bolonia que había albergado a estudiantes e intelectuales insignes desde el siglo XIV, y la Academia Española de Bellas Artes de Roma, fundada en 1873 con el fin de estimular el estudio de todas las artes. La puesta en marcha de estas instituciones a ojos de Sangróniz podía contribuir a cambiar esa imagen de una

España inculta y fanática por una más abierta y tolerante, donde la tradición intelectual y cultural de siglos pasados seguía resplandeciendo de manera palmaria.¹⁹

El problema residía en que todas estas instituciones culturales habían quedado paralizadas desde el verano de 1943, y ahora resultaba complicado volver a ponerlas en marcha. En resumidas cuentas, las actividades diplomáticas y culturales españolas en Italia habían estado prácticamente suspendidas durante dos años y ahora se empezaban a notar las consecuencias. Sin embargo, Sangróniz persistió en su empeño consciente de que tampoco tenía demasiadas alternativas. Conviene recordar a este respecto que el nuevo Embajador español no era solamente un hábil diplomático sino un intelectual de cierto peso que conocía bien el mundo de la cultura y su potencial como herramienta para la política exterior. Como hemos visto, Sangróniz había dirigido la ORCE desde finales de 1923 y más tarde, ya durante la Guerra Civil española, había formado parte de la restaurada Junta de Relaciones Culturales. Especialmente importante fue el informe que publicó en forma de libro durante su etapa al frente de la ORCE. En él, Sangróniz anticipaba las líneas maestras de lo que, en su opinión, debería ser la acción cultural española, destacando su creciente importancia en la esfera de las relaciones internacionales.²⁰ Por si esto fuera poco, el nuevo Embajador en Roma había publicado diversos libros en los que se trataba el tema de la presencia cultural española en el extranjero.²¹ En resumidas cuentas, nos encontramos ante un diplomático de prestigio, con mucha experiencia, y firmemente convencido de la importancia de la acción cultural para poder llevar a cabo sus objetivos diplomáticos en Italia.

No obstante, no todos son malas noticias para el nuevo embajador; en efecto, Sangróniz se va a encontrar nada más llegar a Roma con un valioso aliado, el consejero cultural de la embajada, Mario Ponce de León, que le va a ayudar con gran entusiasmo a diseñar y poner en mar-

cha una política cultural seria y con visión de futuro.

La formación del tándem Sangróniz-Ponce de León

Diplomático de formación, Mario Ponce de León había comenzado su carrera en 1930, llegando a ser rápidamente Secretario de Embajada de tercera clase. Sin embargo, su ascenso en el escalafón diplomático se vio truncado con el inicio de la Guerra Civil española. En efecto, su filiación católica (era miembro de la ANCP), le vale la condición de desafecto a la República, y a finales de octubre 1936 es expulsado de la carrera diplomática y detenido en la cárcel de San Antón, en Madrid. Sin embargo, una vez terminada la guerra, Ponce es readmitido al servicio después, eso sí, del preceptivo juicio en el que se le eximía de toda culpa, pese a haber trabajado para la República. Unos meses después, en julio de 1940, Ponce de León es nombrado cónsul en la embajada de Roma. Durante la difícil situación que vivió la legación española en Roma a partir de la firma del armisticio, Ponce fue nombrado Secretario Encargado del Servicio Consular, con el fin del gozar de privilegios e inmunidades diplomáticas frente a los alemanes. En julio de 1945, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo, le asciende a Secretario de Primera, compatibilizando las tareas de índole cultural con los asuntos consulares. Finalmente, su labor es reconocida de manera oficial en junio de 1946 cuando es nombrado Consejero Cultural (aunque nunca dejó de ocuparse de los asuntos consulares).²² Esta progresión nos muestra claramente que las autoridades en Madrid están satisfechas con el rendimiento de un Ponce al que cada vez dan más responsabilidades en la embajada romana. Así pues, Sangróniz se encuentra a su llegada a Roma con un diplomático plenamente integrado en la embajada y que, tras varios años en Italia, conoce bien tanto a la clase política como a las élites intelectuales del país transalpino. De este modo, Ponce de León se va a convertir desde

el inicio en el principal aliado en esa nueva política cultural que busca hacer más aceptable al régimen de Franco a ojos de los italianos. De hecho, la conexión entre los dos se produce de forma prácticamente inmediata. Ya en enero de 1947 Ponce le escribe a Martín Artajo para elogiar la figura de Sangróniz y su labor al frente de la embajada.²³ El sentimiento es obviamente mutuo, y así lo demuestra el telegrama enviado por Sangróniz a Martín Artajo, solicitando una gratificación para Ponce por su labor al frente de las actividades culturales de la embajada.²⁴ Esta conexión tampoco se le escapa al Director General de Relaciones Culturales, Carlos Cañal, quien, tras su visita a Italia, escribe un informe ensalzando la labor llevada a cabo por los dos diplomáticos.²⁵

Sin embargo, Sangróniz y Ponce de León tampoco van a estar solos en su empeño. En efecto, en julio de 1945, el general Franco realiza una importante remodelación de gobierno, para poder dar un mayor peso a los católicos. Dentro de este movimiento, Alberto Martín Artajo es nombrado nuevo ministro de Asuntos Exteriores. Miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP) y presidente de la Acción Católica desde el año 1940, Martín Artajo se va a convertir en un personaje clave para la política exterior española durante los primeros años de la posguerra.²⁶ Especialmente relevante va a ser su figura para las relaciones hispano-italianas, y ello debido a varios motivos. Principalmente, Artajo estaba convencido de que España e Italia debían establecer una «estrechísima colaboración» en todos los ámbitos, ya que ambos países estaban afectados «de forma muy semejante por los grandes problemas que se hallan planteados en la actualidad».²⁷ Así pues, tenemos a un ministro de Asuntos Exteriores que está firmemente convencido de que España debe mirar hacia Italia en busca de uno de sus principales aliados para el periodo de la posguerra. Por si esto fuera poco, Artajo es un gran conocedor de la vida política italiana. No debemos olvidar que el ministro español

era un destacado católico y miembro de «Pax Romana», llegando a conocer a algunos de los principales políticos democristianos de la época, como Amintore Fanfani, quien incluso fue compañero de trabajos universitarios de Artajo.²⁸ Además, Martín Artajo es amigo personal de Mario Ponce de León, lo cual va a facilitar la puesta en marcha de la mayoría de los proyectos culturales diseñados por éste junto con Sangróniz.²⁹ Finalmente, Martín Artajo es un firme defensor de la acción cultural como principal arma de la diplomacia española de estos años, apoyando todas las iniciativas que tratasen de promover la cultura española en el extranjero.³⁰ De este modo, Artajo se va a involucrar activamente en los intentos del tándem Sangróniz-Ponce de León por promover la acción cultural española en Italia.

Así pues, para el verano de 1945 ya tenemos todas las piezas colocadas en el tablero y listas para empezar a moverse. Es precisamente a partir de este momento que podemos empezar a hablar de una acción cultural durante el primer franquismo en Italia, y su primer foco de atención va a ser la prensa italiana.

La batalla contra la prensa «antiespañola»

Como hemos dicho en páginas anteriores, uno de los principales problemas a los que se enfrentaba la embajada española en Roma eran los constantes ataques a los que el régimen franquista se veía sometido por parte de una mayoría de la prensa italiana. Por consiguiente, toda acción cultural/propaganda tenía que tener como primer paso la paralización, o, al menos, la atenuación, de dicha «campaña antiespañola». La cuestión no era nada fácil, puesto que las autoridades italianas querían mantener a la prensa como un sector independiente y, por ende, un pilar fundamental de la nueva Italia democrática.³¹

Sin embargo, ello no impidió que la embajada española se pusiera en marcha, estableciendo contactos con algunos de los directores de los periódicos que, teóricamente, se colocaban en

el espectro más conservador de la vida política italiana, como *Il Popolo* (asociado a la DC), *Il Giornale d'Italia* (vinculado al partido monárquico), o *Il Mattino* (especialmente popular en el sur de Italia).³² La gran baza que juegan los diplomáticos españoles es que una actitud tan hostil hacia España por parte de la prensa podría perjudicar seriamente el proceso de normalización diplomática que se estaba llevando a cabo y, sobre todo, paralizar las negociaciones que estaban teniendo lugar entre los dos gobiernos para reanudar los intercambios comerciales.³³

Conviene recordar que Italia se encontraba en pleno proceso de reconstrucción económica tras el final de la guerra. Con una soberanía muy limitada debido a la presencia de la Administración de las Naciones Unidas para el Auxilio y la Rehabilitación (UNRRA) en su territorio, el restablecimiento de relaciones comerciales con países neutrales como España se antojaba como un paso fundamental. Por si esto fuera poco, el gobierno español había contraído una deuda con el régimen de Mussolini con motivo del pago de la ayuda prestada por este último durante la Guerra Civil. El nuevo gobierno italiano, necesitado de recursos, había planteado la posibilidad de entablar negociaciones para reanudar el pago de esta deuda que oficialmente ascendía a 5 billones de liras y cuyos pagos habían quedado bloqueados en septiembre de 1943 con motivo de la firma del armisticio. Ya en febrero de 1945 el gobierno español se había mostrado abierto a discutir estas cuestiones siempre y cuando las negociaciones se produjeran en un contexto de mejora de las relaciones hispano-italianas. Obviamente, ello resultaba imposible si la prensa italiana continuaba con sus ataques al régimen de Franco. Si el Reino de Italia quería reanudar los intercambios comerciales y ver reconocida la deuda, el tono de su prensa respecto a España tenía que moderarse de forma inmediata.³⁴

Este mismo mensaje y estos mismos argumentos fueron repetidos en múltiples ocasiones frente a miembros del gobierno italiano. Aunque en un primer momento estos intentos

se encontraron con la negativa tanto de la clase política como de los directores de los periódicos, los cuales aducían que la prensa debe mantenerse libre en un país democrático, al final el mensaje acabó calando. Una primera victoria para el gobierno español se produjo con motivo de la declaración de Potsdam realizada por las potencias vencedoras de la guerra y que, aunque condenaba al régimen de Franco, recomendaba no tomar ningún tipo de medidas para acabar con él. Este reconocimiento implícito del *statu quo* en España fue interpretado por las autoridades españolas como un rotundo éxito para el régimen, un éxito que debía ser reproducido por todos los medios de comunicación extranjeros posibles. En el caso de Italia, la cosa fue mejor de lo esperado, ya que la mayoría de periódicos moderados se hacían eco de la noticia (*Italia Nuova, Libera Stampa*, etc.).³⁵ *Il Popolo* incluso publicaba un editorial en el que se calificaba la declaración de Potsdam como de «sano realismo».³⁶

Junto a la actuación de la embajada española, la clave en el cambio de tono de la prensa italiana se halla también en la creciente presión que el gobierno italiano estaba haciendo sobre los medios de su país. Ya en diciembre de 1944 la Oficina de Asuntos Políticos dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores redactaba un informe en el que se enumeraban los intereses italianos en España (incluyendo la deuda de guerra) y se hablaba de los peligros que una prensa demasiado antifranquista podía representar para su defensa.³⁷ Un mes más tarde, el gobierno italiano se decidía a actuar, solicitando oficialmente a los medios italianos que rebajaran el tono de sus ataques a España. El objetivo fundamental era facilitar la misión del recién nombrado embajador en Madrid, Tommaso Gallarati Scotti. En efecto, Gallarati sería el principal encargado de llevar a buen puerto las negociaciones con el gobierno español para la reanudación tanto de los intercambios comerciales como del pago de la deuda.³⁸ El encargado de trasladar esta solicitud a los medios fue el Director General de Prensa

de la presidencia del Consejo Rossini. Éste se reunió con los directores de numerosos periódicos, incluyendo *Avanti*, *Italia Nuova*, *Ricostruzione*, *Tempo* y *Epoca* (es decir, aquellos que se habían mostrado más abiertamente antifranquistas). La gestión fue recibida con poco entusiasmo por sus redactores, aunque todos aceptaron seguir las nuevas directrices del gobierno y rebajar el tono de sus ataques a España.³⁹ Sin embargo, y tal y como acabamos de ver, estas medidas no dieron frutos de manera inmediata. La hostilidad hacia el régimen de Franco se mantuvo entre la prensa italiana al menos hasta el verano de 1945. En este sentido podemos concluir que, aunque las actuaciones de la embajada española en Roma no fueron determinantes por sí solas, su combinación con los esfuerzos de gobierno italiano lograron cambiar poco a poco el tono de la prensa italiana. En efecto, tanto Sangróniz como Ponce de León se encargaron de meter una presión constante sobre las autoridades italianas, advirtiendo que si la prensa no moderaba su tono antifranquista las negociaciones para la reanudación de los intercambios comerciales (y del pago de la deuda) serían mucho más difíciles. Esta presión acabó surtiendo efecto, al menos sobre un sector de la prensa que fue progresivamente abandonando su tono hostil hacia España.

Mas la actuación del binomio Sangróniz-Ponce de León no se quedó ahí. El 3 de septiembre de 1945 la embajada española comienza a distribuir un boletín de noticias e informaciones sobre España, «hecho a base de las emisiones de radio y de otras fuentes como las agencias italianas y extranjeras, cuyas noticias frecuentemente tendenciosas, podemos contrarrestar con el conocimiento de las cosas españolas.»⁴⁰ Este Boletín, que representa una novedad en la acción cultural española en Italia, se reparte entre los sectores más proclives a aceptar el régimen de Franco y además tenían la capacidad de llegar a parte de la sociedad italiana. Entre sus receptores pues nos encontramos con los distintos ministerios italianos, miembros de la Asamblea Consultiva, representaciones diplo-

máticas, órdenes religiosas, medios de comunicación etc. Como curiosidad, se puede apuntar a que el encargado de este boletín era el corresponsal de ABC en Roma, Julián Cortés Cavanillas. Aunque en aquel momento Julián Cortés Cavanillas era un personaje relativamente desconocido en Italia, su figura irá creciendo en importancia a lo largo de los años. Secretario de la Unión Monárquica Nacional, miembro fundador de Acción Española, y amigo íntimo de Alfonso XIII, Cavanillas era un hombre con importantes contactos políticos, cosa que aprovechó durante sus 21 años como corresponsal en Roma. Sus dotes sociales no pasaron desapercibidas. y Sangróniz decidió ponerle al frente del Boletín en calidad de agregado honorario de prensa (con un sueldo de 30.000 liras).⁴¹

Al parecer, dicho *Boletín* resulta un éxito, y así lo transmite Sangróniz en telegrama de 20 de octubre: «Boletín información España publica esta Embajada [...], sigue y éxito muy superior al esperado, y realmente ha llegado influir cierto sector prensa y sobre todo agencias italianas información que lo reproducen casi íntegramente. Redacción Boletín que ocupa uno de los locales Embajada ha ido transformándose en verdadera oficina de información española donde acuden toda clase de personas. Ayer se presentó en nombre del director 'Osservatore Romano' el padre Gasvarri solicitando información periódica sobre movimiento y actividades catolicismo español para reproducirlas en aquel diario y afines así como algunos artículos colaboraciones escritas español sobre tema de la misma naturaleza. [...]».⁴²

Aunque el mensaje de Sangróniz resulta demasiado optimista, tampoco debemos descartar la importancia de este nuevo Boletín. Sus cifras de distribución son desconocidas, pero teniendo en cuenta el número de receptores que tenía el boletín, podemos suponer que sus cifras de publicación eran relativamente importantes (considerando la escasez de medios con que contaba la Embajada).⁴³ En cualquier caso, y analizando la prensa italiana del momento, se puede

conjeturar que fue un factor más, junto a los ya analizados, que contribuyó a la rebaja del tono antifranquista de la prensa italiana. Si bien los medios de comunicación de izquierdas nunca abandonaron su componente antifranquista, el resto de publicaciones comenzaron progresivamente a abandonar el tema.⁴⁴

El problema que tenían estas actuaciones era que se llevaban la mayor parte del presupuesto de relaciones culturales. Como acabamos de decir, la situación de la economía española, y por ende de la Embajada española en Roma, no era especialmente próspera. Como no existía un apartado del presupuesto específicamente dedicado a la prensa, el dinero empleado para estas políticas se sacaba directamente del presupuesto de relaciones culturales, obstaculizando el resto de actuaciones que Sangróniz y Ponce de León tenían en mente. Sin embargo, las prioridades del gobierno español para esos primeros años tras el final de la Segunda Guerra Mundial quedaban muy claras. Como instruía Artajo a Sangróniz en diciembre de 1946: «No altere en nada los servicios de información y prensa, si no es para incrementarlos, puesto que de ningún modo se deben cercenar en momentos como el presente».⁴⁵ En este caso, el ministro de Asuntos Exteriores se refería a la discusión por parte de Naciones Unidas de posibles sanciones contra el régimen de Franco. Sin embargo, y aunque pueda parecer paradójico, fue la aprobación de esta resolución, el 20 de diciembre de 1946, y la retirada de los embajadores la que convenció a las autoridades españolas de que el tema de la prensa italiana estaba más o menos bajo control. De hecho, todo el tema desde la propuesta polaca hasta la retirada de los embajadores fue tratado con especial discreción por parte de la prensa italiana, incluso por parte de diarios más de izquierdas como el socialista *Avanti*. De hecho, el periódico vinculado al diario socialista no dedicó ninguna editorial al tema limitándose a informar de los nuevos acontecimientos en esta cuestión. Esta discreción se debía también al hecho que era Pietro Nenni, el líder del Par-

tido Socialista Italiano, quien se encontraba al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores en ese momento.⁴⁶

Una vez resuelto, si bien parcialmente, el tema de la prensa, el tándem Sangróniz-Ponce de León podía dedicarse al otro gran asunto pendiente: la reactivación de las instituciones culturales españolas en Italia.

La reactivación de las instituciones culturales españolas en Italia

El primer paso en la nueva estrategia cultural era volver a poner en marcha el Colegio de Bolonia, probablemente la institución cultural más importante que España poseía en Italia y que llevaba operando desde el siglo XIV.⁴⁷ Sin embargo, las circunstancias de la Guerra Civil española junto con la gran inestabilidad política reinante en Italia a partir del verano de 1943 habían hecho que la institución quedase casi completamente paralizada durante ese periodo. En efecto, desde 1936 el Colegio no había recibido nuevos becarios y desde 1943 funcionaba sin rector (el rector de ese momento, don Manuel Carrasco Reyes, había decidido abandonar Bolonia para evitar posibles conflictos diplomáticos con el Eje o con los Aliados). Así pues, la prioridad era conseguir que el rector regresara para poder después volver a acoger nuevos becarios y de volver así la institución a la normalidad.⁴⁸

El primer paso en esta dirección lo da Sangróniz en junio de 1945, muy poco tiempo después de su llegada a Roma. Preocupado por la situación de desgobierno del Colegio y la falta de noticias de Carrasco, decide enviar al ministro consejero, Juan Felipe de Ranero, a Bolonia para elaborar un informe sobre el estado de la institución. La elección de Ranero se debe a que él mismo había sido estudiante en Bolonia y conocía bien tanto el Colegio como la ciudad. Además, hay que considerar que Sangróniz acababa de llegar a Roma, y apenas sí conocía a Ponce de León. En cualquier caso, el informe presenta-

do por Ranero es bastante desalentador. Si bien el edificio, la biblioteca y las pertenencias del cardenal fundador Albornoz se encontraban en buenas condiciones, la situación económica del Colegio era más bien delicada. A este respecto hay que recordar que el Colegio poseía casas y fincas rústicas en la región que permitían la financiación de la Institución. Sin embargo, la ausencia del rector junto con la anarquía que reinaba en la zona tras el final de la guerra habían paralizado por completo la obtención de dichas rentas. Era, pues, necesario que Carrasco regresara a su puesto lo antes posible para hacerse cargo de la situación y negociar con las nuevas autoridades emilianas la reanudación de los pagos por las casas y fincas rústicas pertenecientes al Colegio. Mientras tanto, el Ministerio de Asuntos Exteriores desvía destinar una partida especial para poder sufragar los gastos básicos, y que la institución siga existiendo.⁴⁹

Pese a la rotundidad del diagnóstico, la situación del Colegio no empezará a aclararse hasta finales de 1946. No debemos olvidar que la coyuntura económica española no era especialmente buena y la prioridad en esos primeros momentos era resolver el problema de la hostilidad de la prensa italiana hacia España. En cualquier caso, en diciembre de 1946 el Patronato del Colegio decide mantener en el puesto de rector a Carrasco y enviarlo allí con 16 millones de liras, dinero que debería ser suficiente para poder hacer frente a los gastos de la institución.⁵⁰ Su misión sería la de reactivar la institución que debería recibir sus primeros pensionados en octubre del año siguiente; como el sistema se había paralizado en el año 1936, la idea del Patronato era la de enviar en primer lugar a aquellos que habían sido nombrados en ese año.⁵¹

Sin embargo, y a pesar de estos esfuerzos, el Colegio sigue sin responder a las expectativas. Aunque Carrasco logra reactivar el cobro de las rentas y sanear las cuentas de la institución, el Colegio no logra convertirse en la punta de lanza de la acción cultural tal y como la Direc-

ción General de Relaciones Culturales en Madrid y la Embajada de España en Roma lo habían concebido. Es cierto que sigue recibiendo pensionados y estudiantes todos los años, pero el perfil intelectual de la institución se mantiene en unos niveles muy bajos fracasando además como vínculo con las instituciones culturales italianas, especialmente con el mundo universitario. La idea de Sangróniz y Ponce de León era que el Colegio se modernizase, convirtiéndose en un foco de creación, atracción y expansión cultural; en este sentido, la institución albornociana debía ser la sede de conferencias, debates y exposiciones que diesen cita a los intelectuales más prestigiosos de ambos países. De este modo se reforzarían los vínculos entre los dos países contribuyendo a cambiar la imagen que tenían los italianos de España. Para ello, Sangróniz y Ponce proponen revisar el estatus jurídico del Colegio quitando poder al Patronato (que legalmente tenía una influencia decisiva en sus actividades), y dando más competencias a la embajada en Roma. Para los dos diplomáticos españoles, el problema residía en el hecho de que el Colegio albornociano operaba de manera demasiado independiente con respecto al gobierno español. La solución era pues integrar plenamente la institución en los planes de la Embajada y, por ende, en la acción cultural española en Italia. Solamente así se podría conseguir que el Colegio desempeñara una función útil para el régimen franquista. Este va a ser uno de los grandes caballos de batalla del tándem Sangróniz-Ponce de León, que, sin embargo, no va a prosperar, debido a las resistencias tanto del Patronato como del rector del Colegio de Bolonia.⁵²

En cualquier caso, y una vez reactivado el funcionamiento del Colegio de Bolonia, con las limitaciones antedichas, el segundo paso era volver a poner en marcha la segunda institución cultural en importancia en Italia: la Academia de Bellas Artes en Roma. Los problemas que aquejaban a esta institución eran similares a los del Colegio de Bolonia. La inestabilidad política en

Italia había provocado el abandono de la institución por parte de las autoridades españolas. Por si esto fuera poco, el edificio en el que se localizaba la academia había sufrido importantes desperfectos durante ese periodo (en gran parte debido a la falta de uso) y no reunía en 1945 las condiciones necesarias para albergar a nuevos pensionados. La prioridad, por tanto, era conseguir los fondos necesarios para llevar a cabo unas obras que pudiesen resolver los problemas de habitabilidad del edificio. Conscientes de estas necesidades, Sangróniz y Ponce de León se volcaron en la obtención de dinero para la obra; asimismo, se pusieron en contacto con arquitectos y constructores para poder cerrar un presupuesto que fuese equilibrado (permitiendo recuperar el lustre a la institución, pero sin derrochar demasiado dinero).⁵³ Sin embargo, sus progresos eran bastante lentos. Para finales del año 1946, la embajada española en Roma había conseguido reformar una parte pequeña de la Academia, pudiendo alojar solamente a una persona en la misma.⁵⁴ De hecho, no fue hasta el año 1948 que el Ministerio de Asuntos Exteriores pudo librar los créditos necesarios para llevar a cabo el grueso de las obras. En concreto, la embajada de España en Roma recibió un total de 31,5 millones de liras, que se distribuirían de la siguiente manera: 19 millones para las obras de la academia de bellas artes según el diseño del Sr. Feduchy (un arquitecto relativamente conocido en la época), 3 millones para el mantenimiento de la Academia, 5 millones y medio para las obras de la Biblioteca de Investigadores, y, finalmente, 4 millones y medio en concepto de decoración de la Academia.⁵⁵ Sin embargo, la finalización de las obras en el año 1949 tampoco solucionó los problemas de la Academia. A ojos de Sangróniz y Ponce de León, tanto el Colegio de Bolonia como la Academia de Bellas Artes debían convertirse en principales baluartes de la acción cultural española en Italia. Sin embargo, éstas operaban de una manera demasiado independiente con respecto al Ministerio de Asuntos Exteriores, y poco práctica. Como

consecuencia, ambas se limitaban a cumplir con las disposiciones reglamentarias (básicamente alojamiento de pensionados) sin llevar a cabo las labores fundamentales de propagación de la cultura española y de conexión con las élites culturales italianas. Era pues necesario reformar estas instituciones dando mayor poder de intervención al Ministerio de Asuntos Exteriores que tenía en mente una imagen más amplia de lo que debía ser la acción cultural española en Italia. Esta pues, va a ser otra de las grandes batallas emprendidas por el tándem Sangróniz-Ponce de León en los años posteriores.⁵⁶

La puesta en marcha de nuevos proyectos

La actuación del tándem Sangróniz-Ponce de León no se limitó a la reactivación de viejas instituciones culturales sino que incluía la puesta en marcha de nuevos proyectos cuyo principal objetivo era la propagación de la cultura española en Italia. Entre estos debemos destacar la puesta en marcha de una Oficina Diplomática que organizaría el resto de iniciativas: la expansión de la venta de libros españoles, la difusión cada vez mayor del Índice Cultural Español, el fomento de asociaciones culturales hispano-italianas y la celebración periódica de eventos culturales relacionados con España.

Todo este plan está basado en el convencimiento tanto de Sangróniz como de Ponce de León de que, a pesar de la existencia de un fuerte sentimiento antifranquista en la sociedad italiana, «hay infinitas gentes que nos ven con simpatía».⁵⁷ Y la mejor manera de canalizar toda esa simpatía latente en beneficio de España era a través de una acción cultural activa, dinámica y que pudiese llegar a una mayoría de italianos. Especialmente importante era la actuación entre los sectores más tradicionales y conservadores del país (antiguos fascistas, monárquicos y católicos fervientes) los cuales podían ver a España con ojos más positivos. El problema era que la propaganda cultural española estaba totalmente ausente en Italia, salvo determinadas

y aisladas intervenciones personales. Si España quería recuperar el terreno perdido «se hace imprescindible que, bien en la embajada bien en el consulado, se establezca una pequeña Oficina de Información Cultural» que haga de altavoz de la cultura española.⁵⁸ La idea es acogida favorablemente por Artajo. Sin embargo, y como hemos visto en páginas anteriores, las prioridades son otras en ese momento. Así pues, la Oficina de Información Cultural no se pone en marcha hasta el mes de enero de 1947. Su puesta en funcionamiento va a suponer un gran espaldarazo para las aspiraciones del tándem Sangróniz-Ponce de León que, a partir de ese momento, se van a mostrar especialmente activos, consiguiendo poner en marcha una serie de planes que se verían refrendados con la visita del Director General de Relaciones Culturales, Carlos Cañal, en mayo de 1948.

Uno de los primeros temas de los que se encarga la nueva oficina es de la difusión de libros españoles. A este respecto conviene aclarar que las exportaciones de libros españoles a Italia se habían paralizado durante los años 1943-1945, no reanudándose hasta el año 1946 con motivo de la firma del nuevo acuerdo comercial. Este hecho había propiciado un aumento considerable de la demanda de libros españoles a principios de 1946. En un primer momento, el tráfico fue en aumento permitiendo a las casas editoriales españolas exportar libros por valor de 100.000 pesetas.⁵⁹ Sin embargo, el tráfico de libros comienza a estancarse a finales de 1946 debido a que los compradores italianos, usando la vía normal de la cuenta *clearing* establecida en el acuerdo comercial, están obligados a pagar un 125% del valor neto de lo importado. Este encarecimiento limita la difusión del libro español en Italia. En consecuencia, la Embajada española en Roma comienza a recibir un número creciente de peticiones de libros por parte de asociaciones culturales, universidades, librerías y editoriales italianas.⁶⁰ La situación plantea una doble problemática que en ningún caso resulta fácil de solucionar. Por un lado, este es un asun-

to económico que trasciende las competencias de la nueva oficina de Información Cultural. Por otro lado, es un tema de gran importancia para los planes del tándem Sangróniz-Ponce de León, ya que los libros constituyen una pieza clave en la difusión de la cultura española. En efecto, la parte económica del asunto pasa directamente a manos de la Dirección General de Política Económica, quien se compromete a negociar posibles soluciones con el gobierno italiano, aunque advierte de que no van a ser fáciles.⁶¹ A pesar de ello, Sangróniz y Ponce de León no se van a resignar y van a empezar una política activa de donaciones e intercambios de libros entre instituciones culturales de ambos países. Si bien la compra-venta de libros estaba regulada por el acuerdo comercial, los intercambios podían hacerse por otras vías. Fue ese limbo jurídico el que aprovechó la nueva oficina de Información Cultural para convertirse en una pieza fundamental que proveería de libros en español a las principales universidades y asociaciones culturales italianas.⁶² Otro instrumento que va a ser muy utilizado es el de la organización de ferias del libro español por Italia. Ejemplo de este instrumento fue la Feria del Libro Español organizada en Roma en mayo de 1947 y que contó con la participación de importantes personalidades de la vida cultural de ambos países (como Enrique Lafuente Ferrari y Gerardo Diego), así como la exposición de más de 1.500 volúmenes.⁶³ El éxito de este evento convenció tanto a la embajada de España en Italia como al Ministerio de Asuntos Exteriores de la conveniencia de celebrar más ferias de este tipo. Así, tuvo lugar la Feria del Libro Español celebrada en Florencia en junio de 1948, y que contó con la participación del rector de la Universidad de Florencia y numerosos profesores de dicha institución.⁶⁴

Vinculado con la difusión de libros en español, estaba la distribución del Índice Cultural Español, tradicionalmente uno de los principales instrumentos de la acción cultural española. La distribución de este índice había quedado pa-

realizada en 1943 con la firma del armisticio y no se reanuda hasta la llegada de Sangróniz a Roma. En un primer momento, su distribución era muy modesta: unos 200 ejemplares que distribuía la propia embajada a «los amantes de la cultura española», como universidades, instituciones religiosas, colegios, profesores o periódicos como el «Osservatore Romano». A lo largo del año 1946 el número de ejemplares distribuidos aumenta a 350 (de los cuales 100 son en inglés y otros 100 son en francés).⁶⁵ A partir de este momento la nueva Oficina de Información Cultural se va a encargar de su distribución (que crece exponencialmente), convirtiéndose así, junto con el Boletín Informativo dirigido por Cortés Cavanillas, en uno de los principales instrumentos de la difusión de la cultura española en Italia.⁶⁶

Uno de los principales receptores tanto de libros como del *Índice Cultural Español* eran las asociaciones culturales hispano-italianas. Como hemos visto, una de las grandes preocupaciones del tándem Sangróniz-Ponce de León era la escasa presencia de la cultura española en Italia. Obviamente, la embajada española tampoco podía concentrar toda la acción cultural española en Italia y, por ese mismo motivo, cualquier apoyo o ayuda proveniente de otro tipo de instituciones privadas con matriz italiana era más que bienvenida. Así pues, una de las líneas de actuación del tándem Sangróniz-Ponce de León va a ser la promoción de la cooperación con estas asociaciones culturales italo-españolas, siempre y cuando cumplieran dos requisitos mínimos: el interés por España y su carácter anticomunista. De entre ellas podemos destacar las siguientes: la Sociedad Estudiantil Amigos de España, el «Centro Cultural Italo-Español» (con sedes en Roma y Génova), el «Istituto per gli Studi di Politica Internazionale», o la «Associazione per le Relazioni Culturali con la Spagna e l'America Latina (ARCSAL, con sede en Turín y dirigida por el profesor Bertini).⁶⁷ Si bien es cierto que algunas de estas asociaciones eran meras tapaderas para facilitar los intercambios entre elementos

de extrema derecha de ambos países, la mayoría de ellas realizó una labor notable como difusoras de la cultura española en Italia.⁶⁸

Por último, la oficina va a tratar de fomentar y publicitar en la medida de lo posible todas las manifestaciones relacionadas con el arte y la cultura española en Italia. Uno de los ámbitos donde se van a poner más esfuerzos en estos primeros años va a ser en el cine español que va llegando a Italia con cuentagotas. De esta manera, el Colegio Español de Roma empieza a organizar pases de películas a las que asisten periodistas, diplomáticos y público en general. La primera de estas sesiones va a tener como protagonista la película de Rafael Gil, *El Clavo*, que acababa de ser estrenada en Italia con un éxito considerable. El éxito de esta iniciativa hace que se repitan las sesiones en el Colegio, con películas como «El escándalo», «El destino se disculpa» o «Marion Rebull». ⁶⁹ Estas actuaciones serían las precursoras de la política cinematográfica muy activa que establecerían ambos países en años posteriores. Otro tipo de eventos culturales celebrados en Italia fueron la exposición de Antonio Herráiz, en la Galería Marini (1948), la actuación del ballet de Pilar López en Roma (1948), o las representaciones de las obras «La Celestina» y «El Perro del Hortelano», ambas en Roma y en 1948.⁷⁰

El hecho de que el tándem Sangróniz-Ponce de León estuviese involucrado en todas estas actividades deja bien claro lo dinámico de su actuación. Sin embargo, su proyecto para la acción cultural española en Italia no se acaba allí, abarcando muchas más áreas. Piezas claves para el futuro de este plan van a ser la creación de una delegación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (incluyendo una biblioteca), la organización de un Instituto de Lengua y Literatura, y la reorganización del sistema de lectorados en Italia. Estos ambiciosos proyectos empero no se pondrían en marcha hasta bien entrado el año 1948, justo tras la visita a Italia del Director General de Relaciones Culturales, Carlos Cañal.

La visita a Italia de Carlos Cañal: un paso adelante para la acción cultural española en Italia

En diciembre de 1947, el gobierno español decidía poner a Carlos Cañal al frente de la Dirección General de Relaciones Culturales, un organismo que evidenciaba el creciente interés del régimen en la acción cultural como herramienta para mejorar su imagen en el exterior. El nombramiento de una figura tan relevante como la de Carlos Cañal también es significativo en este sentido. Efectivamente, a sus 41 años, Carlos Cañal contaba ya con una amplia experiencia en política exterior, habiendo desempeñado tareas diplomáticas como cónsul en algunas de las capitales más importantes de Europa y América Latina (Lisboa, Tánger, Santiago de Chile, La Paz, Lima, Quito, La Habana, etc.). Desde 1946 había ocupado la Secretaría de la Junta de Relaciones Culturales, cargo que compaginaba con la Jefatura de la sección de Expansión Cultural. Sin embargo, lo más interesante no residía en su experiencia como diplomático, sino su perfil como intelectual. Licenciado en Derecho y Filosofía y Letras, y autor de diversos libros sobre temas literarios, Cañal era además colaborador de la Revista *Estudios Políticos* y asesor del Instituto de Cultura Hispánica. Así pues, nos encontramos ante una figura de primer nivel que conoce bien tanto la política exterior española como sus primeros pasos en el campo de la acción cultural.

Aunque el perfil de Cañal estaba más relacionado con América Latina (donde había desempeñado un mayor número de cargos diplomáticos), es destacable que su primer viaje al extranjero sea a Italia, en mayo de 1948, sólo unos meses después de su nombramiento. La elección de este destino demuestra, por un lado, el interés del Ministerio de Asuntos Exteriores en mejorar sus relaciones con el país transalpino, y, por otro, la curiosidad que estaba despertando en Madrid la actuación del tándem Sangróniz-Ponce de León. Es Martín Artajo el principal impulsor de esta visita, y así lo hace constar Carlos

Cañal en una entrevista concedida a *Informaciones* a su regreso a Madrid.⁷¹ Además, el viaje de Cañal por Italia es largo y exhaustivo, visitando todas las zonas en las que España pudiera tener algún tipo de interés cultural. Así pues, durante 20 días el Director General de Relaciones Culturales viaja a Turín, Milán, Roma, Nápoles, Bolonia, Asís, Loreto y Palermo (incluyendo un tour por toda la isla siciliana). Durante ese periodo, Cañal establece contactos no sólo con los diplomáticos españoles encargados de poner en marcha la política cultural española, sino con las élites culturales italianas (especialmente en los centros universitarios como la Universidad Católica de Milán o la Universidad Pontificia de Roma o la Universidad Pública de Turín).⁷² Aparte de afianzar las redes y contactos con las instituciones culturales italianas, el viaje de Cañal a Italia tuvo una enorme importancia como espaldarazo definitivo para las actuaciones llevadas a cabo hasta ese momento por el tándem Sangróniz-Ponce de León. Solamente una semana después de su llegada a Italia, Carlos Cañal le escribía una carta a Martín Artajo elogiando la labor realizada por los dos diplomáticos españoles «quienes conocen a fondo el asunto y tienen amplia experiencia sobre estos problemas».⁷³ Estas impresiones son hechas públicas a su regreso a España a través de una serie de entrevistas en periódicos en las que se confirma la buena labor llevada a cabo tanto por Sangróniz como por Ponce de León.⁷⁴ Finalmente, el viaje de Cañal tuvo como resultado la resolución de algunos problemas económicos que asediaban a la embajada de España en Roma e impedían la puesta en marcha de algunos de los proyectos defendidos por Sangróniz y Ponce de León. Como explicaba Carlos Cañal a Martín Artajo en una carta de 27 de mayo: «La presencia mía era necesaria aquí, por que [sic] había que ver la posibilidad de encajar los créditos culturales, reducidos y escasos como Vd. conoce, con medidas urgentes que no podemos demorar relativas al arreglo de nuestros edificios y a la función de nuestras instituciones».⁷⁵

El espaldarazo recibido por Cañal convence a Sangróniz y a Ponce de León de que es el momento de tomar la iniciativa. De esta manera, el 2 de julio de 1948 le envían a Martín Artajo una memoria cultural que contiene un ambicioso plan de consolidación y expansión de las actividades culturales en España. La idea principal es que, no obstante las dificultades económicas, se había logrado «establecer la avanzada de nuestra presencia cultural en España»;⁷⁶ sin embargo, Ponce de León advierte que «si nuestra política cultural en Italia no realiza al menos un mínimo inmediato, toda la labor de cada día de atracción, intercambios, difusión de libros, etc. quedará perdida y será inútil».⁷⁷ La memoria enviada por la embajada va a convencer al Ministerio de Asuntos Exteriores de la conveniencia de apoyar el proyecto del tándem Sangróniz-Ponce de León tanto política como económicamente.⁷⁸ Así pues, esta memoria se va a convertir en el eje de la acción cultural española en Italia durante los próximos años y que tendrá en el Convenio Cultural firmado en 1955 su punto culminante.⁷⁹

El proyecto de acción cultural del tándem Sangróniz-Ponce de León

La primera piedra del nuevo proyecto consiste en la creación romana de la delegación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, una de las instituciones culturales punteras del régimen franquista.⁸⁰ La idea era que la nueva delegación hiciera de altavoz en Italia de las novedades en el mundo cultural español. Para ello, Sangróniz y Ponce de León proponían una remodelación de los edificios anejos a la iglesia de San Pietro in Montorio (la iglesia nacional de España en territorio italiano) que servirían a partir de ese momento no sólo como sede sino como residencia de investigadores. De esta manera se potenciaría aún más la importancia de un edificio que ya era uno de los ejes principales de la acción cultural española en Roma, puesto que albergaba también la sede de la Academia

de Bellas Artes.⁸¹ Este proyecto empieza a ponerse en marcha ya en el año 1948, aunque no será concluido hasta el año 1951, e inaugurado en 1952.⁸²

La segunda pieza del proyecto era la reorganización y expansión del sistema de lectorados en universidades italianas. Para el tándem Sangróniz-Ponce de León era esencial que se impulsara el aprendizaje del español en los sectores académicos. En efecto, un mayor conocimiento de la lengua de Cervantes llevaría aparejado también un mayor conocimiento de la cultura española y, por ende, crecería la simpatía hacia el país. El problema era que, para el año 1948, España sólo contaba con lectorados activos en Roma, Palermo, Florencia y Venecia. Además, en la mayoría de los casos, los lectores en estas ciudades eran religiosos que, a pesar de su buen hacer y buena voluntad, no correspondían con el nivel de excelencia que las universidades italianas requerían. Lo ideal por lo tanto sería el nombramiento de nuevos lectores, especialmente en el Norte de Italia donde la presencia de la cultura española escaseaba de manera preocupante. En efecto, hasta ese momento la acción cultural española se había focalizado principalmente en la parte meridional del país, debido a la tradición pro-española que allí existía, pero ahora era el momento de superar viejas barreras y adoptar un sistema de lectorados más ambicioso. Para llevar a cabo esta expansión era necesario apoyarse en el Colegio de Bolonia y en las asociaciones culturales existentes en el norte del país (principalmente la ARCSAL en Turín y la Asociación Cultural italo-española en Trento).⁸³ Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos del tándem Sangróniz-Ponce de León, no van a dar demasiados resultados. A finales del año 1949 la situación de los lectorados permanece más o menos igual, con la excepción de las inauguraciones de Nápoles y Cagliari; ello hace constatar una vez más las dificultades de la acción cultural española para afianzarse en un norte más abiertamente antifranquista. A este respecto, no debemos olvidar las enormes di-

ferencias políticas, sociales y económicas que existían en Italia desde su unificación y que, en cierto sentido, se habían agrandado durante los dos últimos años de la Segunda Guerra Mundial. El resultado es una parte meridional más monárquica, católica y tradicional frente a una parte septentrional más moderna industrializada y de izquierdas.⁸⁴ Resulta obvio que la acción cultural española iba a encontrar más facilidades en el sur que en el norte. De hecho, la situación no mejoró en los años siguientes, quedando como asignatura pendiente para el futuro.⁸⁵

Pero el gran proyecto del tándem Sangróniz-Ponce de León fue, sin ninguna duda, la puesta en marcha de un Instituto de Lengua y Literatura en Roma.⁸⁶ La idea había comenzado a fraguarse en el año 1947, pero los problemas presupuestarios habían aplazado el proyecto. Para Sangróniz y para Ponce, el nuevo Instituto debía «constituir el organismo permanente de proyección hacia el gran público italiano».⁸⁷ La idea era que el edificio (que actualmente ocupa el Instituto Cervantes de Roma) estuviese dividido en dos partes, una para investigadores, con una biblioteca, y otra para el público en general, con una sala de conferencias, una sala de exposiciones y otra biblioteca para el público en general (la actual biblioteca María Zambrano).⁸⁸ El proyecto fue aprobado y puesto en marcha inmediatamente después del viaje de Carlos Cañal. El 28 de abril se celebraba la apertura del Instituto bajo la dirección del profesor de historia Ángel Álvarez Miranda. Unos meses más tarde, el escritor Eugenio D'Ors, uno de los principales referentes de la cultura española en Italia pronunciaba la conferencia inaugural.⁸⁹ Aunque no hay que dejarse llevar por el triunfalismo excesivo de los informes de la Embajada en Roma, resulta indudable que el Instituto se va a convertir en uno de los grandes éxitos de la acción cultural llevada a cabo por el tándem Sangróniz-Ponce de León. En el año 1951, sólo dos años después de su inauguración, se ha convertido de *facto* en la institución cultural más dinámica. En ella estudian más de 300 estudiantes cursos de

lengua, literatura, historia o arte, y en sus locales se han celebrado más de treinta conferencias de académicos e intelectuales tanto españoles como italianos entre los que podemos destacar a Dionisio Ridruejo, Giuseppe Ungaretti o Primo Levi. Una parte importante de este éxito se debe a la labor del director, Álvarez Miranda, quien es presentado a ojos de Martín Artajo como modelo de lo que debe hacer una persona que ostenta un cargo similar. «El director Sr. Álvarez Miranda se ha desplazado en numerosas ocasiones, de acuerdo con la Oficina Cultural, a Congresos, conferencias y celebraciones italianas y el contacto directo y constante, tanto del Director como de los diversos profesores con elementos italianos es verdaderamente muy valioso».⁹⁰ Estos elogios responden obviamente al buen trabajo de Álvarez Miranda, pero también suponen una andanada contra otros directores de instituciones culturales que no estaban haciendo bien su trabajo. Especialmente preocupantes son las gestiones que tanto Carrasco como Labrada hacen respectivamente del Colegio de Bolonia y de la Academia de Bellas Artes, que a principios de los años cincuenta siguen sin funcionar debidamente y son consideradas por el tándem Sangróniz-Ponce de León como «anacronismos.»⁹¹ Su incapacidad para reformar estas instituciones así como las dificultades para cambiar el sistema de lectorados nos ponen de manifiesto las grandes limitaciones con que se encontraron Sangróniz y Ponce de León para llevar a cabo su plan de acción cultural en Italia.

Conclusiones

A principios del año 1952, Mario Ponce de León le envía a Martín Artajo un informe con sus actividades como Consejero Cultural en Roma. De alguna manera, este documento se convierte en el testamento del tándem Sangróniz-Ponce ya que este último regresaría a España a mediados de ese mismo año para hacerse cargo de la Sección de Política Cultural Europea. En esa memoria, el Consejero Cultural hace un análisis

objetivo de la acción cultural española en Italia durante los últimos siete años. Sin entrar en triunfalismos, Ponce resume los principales logros que la embajada ha logrado en ese periodo, desde la reactivación del Colegio de Bolonia y de la Academia de Bolonia a la puesta en marcha del Instituto de Lengua y Literatura, pasando por la creación de nuevos lectorados, la difusión del libro en español, la publicación del Boletín, y el establecimiento de nuevos contactos con las élites culturales italianas. Ponce tampoco evita referirse a los problemas a estas alturas de sobra conocidos. Aparte de las dificultades económicas de la Oficina Cultural, presentes desde su propia creación, ésta no ha sido capaz de reformar algunos de los instrumentos más importantes de la acción cultural española: el Colegio de Bolonia, la Academia de Bellas Artes y el sistema de lectorados, instituciones todas claramente ancladas en el pasado. En cualquier caso, todos estos problemas podrán resolverse con la firma de un tratado cultural que debería convertirse en el punto culminante de la política llevada a cabo por la Embajada desde 1945.⁹²

Sin embargo, Ponce de León yerra a la hora de analizar los verdaderos problemas de la política cultural de este primer franquismo. Solamente hacia el final del texto se discute la finalidad política última de la acción cultural española en Italia aunque en este caso lo hace de una manera tangencial y refiriéndose más que nada a la cuestión de la inmigración italiana hacia Suramérica. El principal problema de la acción cultural española en estos años, ya sea en Italia, ya sea en otras partes del mundo, es que no tiene claro cuáles son los verdaderos objetivos políticos detrás de la misma. La pregunta que nadie es capaz de responder es: ¿Qué queremos alcanzar con estas actuaciones? En estos años la pregunta es contestada con la vaga idea de mejorar la imagen que se tenía de España en el extranjero. Si eso es así, el resultado de esta política en Italia no puede ser interpretado más que como un fracaso. A pesar de que la cultura española estuvo más presente en estos años,

su impacto fue más bien modesto, por no decir inexistente. El número de italianos que aprendían español seguía siendo muy bajo, al menos comparado con otros idiomas. Además, estas actuaciones fueron incapaces de cambiar tanto la política italiana hacia España (que siguió evitando la firma de un acuerdo político), como la imagen que la sociedad italiana tenía de España (una imagen de país oscuro y atrasado). Buena prueba de ello son las turbulentas relaciones bilaterales que ambos países mantuvieron en los años sesenta y setenta con un fuerte resurgir de sentimientos antifranquistas por toda Italia (como demuestran en el artículo de este mismo número Javier Muñoz Soro y Emanuele Treglia).

Sin embargo, hay que tener cuidado y no confundir fracaso con inactividad o pasividad. Lo que demuestra este artículo es que diplomáticos como Sangróniz, Ponce de León, Cañal o Martín Artajo pusieron todo de su parte para tratar de cambiar algo la situación del país. Fruto de estos esfuerzos, lograron poner en marcha una maquinaria que, aunque modesta, tuvo un cierto mérito, especialmente si tenemos en cuenta la escasez de recursos a disposición y la vaguedad de las ideas que subyacían. En cualquier caso, es necesario establecer una clara diferencia entre pasividad e ineficacia a la hora de valorar la política exterior española durante el primer franquismo. En efecto, en Italia ésta se mostró al menos tan activa como ineficaz.

NOTAS

- ¹ PEREIRA CASTAÑARES, Juan Carlos (coord.), *La política exterior de España 1800-2003: historia, condicionantes y escenarios*, Madrid, Ariel, 2003. TUSELL, Javier, AVILÉS, Juan, PARDO, Rosa (eds.), *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, UNED, 2000. CALUDCH, Rafael (ed.), *La política exterior española en el siglo XX*, Madrid, Edición Ciencias Sociales, 1994. GIL PECHARROMÁN, Julio, *La política exterior del franquismo (1939-1975): entre Hendaya y El Aaiún*, Madrid, Madrid, Flor del Viento, 2008.
- ² BRANCIFORTE, Laura, «Las relaciones culturales entre España e Italia en los años 50», *Nuevos horizontes del pasado culturas políticas, identidades y formas de representación*, Santander, Universidad de Cantabria, 2011. MUÑOZ SORO, Javier, *Una historia cultural del segundo franquismo*, Madrid,

- Marcial Pons, 2006. SANZ, Carlos, «El papel de la política cultural exterior en las relaciones hispano-alemanas, 1949-1966», en *Ayer*, n.º 69, 2008, pp. 155-185.
- ³ DELGADO, Lorenzo, *Imperio de papel: acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, CSIC, Madrid, 1992, pp. 393-462.
- ⁴ NAVASQUÉS, Emilio, Informe de Emilio Navasqués más tarde transmitido por el ministro de Asuntos Exteriores, José Félix de Lequerica a Francisco Franco, 16-2-45. Fundación Nacional Francisco Franco (FNFF). Doc. n.º 232.
- ⁵ DEL HIERRO, Pablo, *Beyond Bilateralism: Spanish-Italian relations and the influence of the Major Powers, 1943-1957*, Florencia, Tesis doctorales del European University Institute, 2011.
- ⁶ Instrucciones para Sangróniz de Martín Artajo, 7-1-46, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE): R. 1.466, Exp. 24.
- ⁷ Memoria de la Oficina Cultural de la Embajada de Italia, redactado por Mario Ponce de León, 2-7-48, AMAE: R. 3.997, Exp. 17.
- ⁸ TUSELL, Javier y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva, *Franco y Mussolini: La política española durante la Segunda Guerra Mundial* Barcelona, Planeta, 1985.
- ⁹ *Op. cit.*, p. 39.
- ¹⁰ DELGADO, Lorenzo, *op. cit.*, pp. 18-21.
- ¹¹ *Ibidem*, pp. 84-85.
- ¹² ARMERO, José Mario, *La política exterior de Franco*, Barcelona, Planeta, 1978, p. 66.
- ¹³ DULPHY, Anne, *La politique de la France à l'égard de l'Espagne de 1945 à 1955*, Paris, Ministère des affaires étrangères, 2002, p. 7.
- ¹⁴ DEL HIERRO, Pablo, *op. cit.*, p. 100.
- ¹⁵ Instrucciones para Sangróniz de Martín Artajo, 7-1-46, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE): R. 1.466, Exp. 24.
- ¹⁶ Telegramas de la Embajada española en Roma a Lequerica, Julio-Diciembre 1944, AMAE: R. 1.273, Exp. 1.
- ¹⁷ Hay que mencionar que este incidente fue recogido con atención por los diplomáticos estadounidenses, preocupados de que el nuevo Gobierno italiano rompiera unilateralmente sus relaciones con España. Carta del Embajador estadounidense en Roma Alexander Kirk, al Secretario de Estado, Edward Stettinius, Jr., 17-2-45, National Archives and Records of the Administration (NARA): Central Decimal File 1945-1949.
- ¹⁸ Telegrama de Sangróniz a Lequerica, mayo y junio de 1945, AMAE: R. 1.276, Exp. 2.
- ¹⁹ Memoria de la Oficina Cultural de la Embajada de Italia, redactado por Mario Ponce de León, 2-7-48, AMAE: R. 3.997, Exp. 17.
- ²⁰ SANGRÓNIZ, José Antonio, *Nuevas orientaciones para la política internacional de España: La expansión cultural de España en el extranjero y principalmente en Hispano-América*, Madrid, Editorial Hércules, 1925,
- ²¹ De entre las obras escritas por Sangróniz debemos destacar las siguientes: *Marruecos: sus condiciones físicas, sus habitantes y las instituciones indígenas*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1921 o *Modalidades del Islamismo marroquí*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1950.
- ²² Expediente personal de Mario Ponce de León. AMAE: PG: 1.083, Exp. 41.500.
- ²³ Carta de Ponce de León a Martín Artajo, 17-1-47, AMAE: R. 2.495, Exp. 123.
- ²⁴ Telegrama de Sangróniz a Martín Artajo, 22-9-48, AMAE: R. 2.962, Exp. 17/19.
- ²⁵ Carta de Cañal a Martín Artajo, 27-5-48, AMAE: R. 2.872, Exp. 98.
- ²⁶ A día de hoy falta una biografía de Alberto Martín Artajo, del que sabemos realmente poco. Sin embargo, es posible reconstruir parte de su actuación como ministro de Asuntos Exteriores a través de TUSELL, Javier, *Franco y los católicos: La Política Interior Española entre 1945 Y 1957*, Madrid, Alianza, 1984.
- ²⁷ Instrucciones para Sangróniz de Martín Artajo, 7-1-46, AMAE: R. 1.466, Exp. 24.
- ²⁸ Telegrama de Martín Artajo a Sangróniz, junio de 1947, AMAE: R. 1.453, Exp. 2.
- ²⁹ Carta de Ponce de León a Martín Artajo, 17-1-47, AMAE: R. 2.495, Exp. 123.
- ³⁰ DELGADO, Lorenzo, *op. cit.*
- ³¹ DEL HIERRO, Pablo, *op. cit.*
- ³² Telegrama de Sangróniz a Martín Artajo, 17-8-45, AMAE: R. 1-276, Exp. 2.
- ³³ DEL HIERRO, Pablo, *op. cit.*
- ³⁴ Más detalles sobre la deuda de guerra con Italia y la reanudación de los intercambios comerciales en DEL HIERRO, Pablo, «Conseguenze dell'intervento italiano nella guerra civile spagnola» en Enrico Acciai y Giulia Quaggio (eds.), *Un conflitto che non passa: Storia, memoria e rimozioni della guerra civile spagnola*, Pistoia, I.S.R.Pt, 2012, pp. 125-140.
- ³⁵ Telegrama de Sangróniz a Martín Artajo, 14-8-45, AMAE: R. 1-276, Exp. 2.
- ³⁶ *Ibidem*.
- ³⁷ Informe del Director General de Asuntos Políticos, Vittorio Zoppi, para el ministro de Asuntos Exteriores, 20-12-44. Archivo Storico del Ministero degli Affari Esteri (ASMAE): Asuntos Políticos (AP), España, sobre 83.
- ³⁸ Carta del Secretario General del Ministerio de Asuntos Exteriores, Renato Prunas, al Director General de Prensa de la Presidencia del Consejo, Rossini, 30-1-45.
- ³⁹ Carta del Director General de Prensa de la Presidencia del Consejo, Rossini, a Renato Prunas, 7-2-45.
- ⁴⁰ Telegrama de Sangróniz a Martín Artajo, 3-9-45, AMAE: R. 1.276, Exp. 2.
- ⁴¹ Telegrama de Sangróniz a Martín Artajo, 3-9-45, AMAE: R. 1.276, Exp. 2.
- ⁴² Telegrama de Sangróniz a Martín Artajo, 20-10-45, AMAE: R. 1.276, Exp. 2.
- ⁴³ Telegrama de Sangróniz a Martín Artajo, 3-9-45, AMAE: R. 1.276, Exp. 2.
- ⁴⁴ DEL HIERRO, Pablo, *op. cit.*
- ⁴⁵ Carta de Martín Artajo a Sangróniz, 2-12-46, AMAE: R. 1.466, Exp. 23.
- ⁴⁶ Telegrama de Sangróniz a Martín Artajo, 3-11-46, AMAE: R. 1.280, Exp. 1.
- ⁴⁷ Para más información sobre el Colegio de Bolonia y su historia ver: NIETO SÁNCHEZ, Carlos, *San Clemente de Bolonia, 1788, 1889*, Madrid, Universidad Carlos III, 2012.
- ⁴⁸ Telegrama de Jordana al embajador español en la Santa Sede, Domingo de las Bárcenas, 19-11-43, AMAE: R. 1.466, Exp. 25.

- ⁴⁹ Carta de Sangróniz a Martín Artajo, 29-6-45, AMAE: R. 1.466, Exp. 24.
- ⁵⁰ Carrasco recibe instrucciones de invertir ese dinero cuanto antes. Hay que tener en cuenta que la situación económica de Italia era muy inestable y existía el riesgo de devaluación de la lira. Para evitar posibles problemas, Carrasco debe estar preparado para cambiar las liras por francos suizo si la situación lo requiriese. Carta de Sangróniz a Martín Artajo, 13-12-46, AMAE: R. 1.466, Exp. 24.
- ⁵¹ Carta de Martín Artajo a Sangróniz, 20-12-46, AMAE: R. 1.466, Exp. 24.
- ⁵² Memoria de la Oficina Cultural de la Embajada de Italia, redactado por Mario Ponce de León, 2-7-48, AMAE: R. 3.997, Exp. 17.
- ⁵³ Carta de Sangróniz a Martín Artajo, 29-6-45, AMAE: R. 1.466, Exp. 24.
- ⁵⁴ Carta de Sangróniz a Martín Artajo, 13-12-46, AMAE: R. 1.466, Exp. 24.
- ⁵⁵ Telegrama de Martín Artajo a Sangróniz, 26-8-48, AMAE: R. 1.976/1, Exp. 7-8.
- ⁵⁶ Memoria Cultural de la embajada española en Italia redactada por Mario Ponce de León, 19-4-51, AMAE: R. 2.886, Exp. 2.
- ⁵⁷ Carta de Mario Ponce de León a Martín Artajo, 17-1-47, AMAE: R. 2.495, Exp. 123.
- ⁵⁸ Carta de Mario Ponce de León a Martín Artajo, 2-4-46, AMAE: R. 2.471, Exp. 72.
- ⁵⁹ Carta del Instituto Nacional del Libro Español a Ponce de León, 7-2-47, AMAE: R. 2.481, Exp. 39/40.
- ⁶⁰ Carta de Ponce de León a Martín Artajo, 12-12-46, AMAE: R. 2.481, Exp. 39/40.
- ⁶¹ Carta de la Dirección General de Política Económica a Carlos Cañal, 24-5-47, AMAE: R. 2.496, Exp. 85.
- ⁶² Envío de libros en español a Italia, 1947, AMAE: R. 2.471, Exp. 74.
- ⁶³ Carta de Martín Artajo a Sangróniz, 2-12-46, AMAE: R. 1.466, Exp. 23.
- ⁶⁴ Telegrama de Sangróniz a Martín Artajo, 24-6-48, AMAE: R. 1.976/1, Exp. 7/8.
- ⁶⁵ Embajada de España en Italia, 1946, AMAE: R. 2.474, Exp. 119.
- ⁶⁶ Carta de Sangróniz a Martín Artajo, 3-4-47, AMAE: R. 2.481, Exp. 39/40.
- ⁶⁷ Asociaciones culturales hispano-italianas, 1946, AMAE: R. 2.471, Exp. 72/79.
- ⁶⁸ Más información sobre las conexiones entre grupos de extrema derecha en Italia y en España en DEL HIERRO, Pablo y ALBANESE, Matteo, *Una red transnacional. La «network» de la extrema derecha entre España e Italia después de la II Guerra Mundial, 1945-1968*, Comunicaciones del Congreso Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco: <http://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/3124>.
- ⁶⁹ El Clavo, proyección en Italia, 1947, AMAE: R. 2.489, Exp. 2/4. AMAE: R. 2.757, Exp. 82/86.
- ⁷¹ Entrevista a Carlos Cañal en *Informaciones*, 6-8-48, Hemeroteca Municipal de Madrid (HMM).
- ⁷² Viaje oficial a Italia del Director de Relaciones Culturales, 1948, AMAE: R. 2.872, Exp. 98.
- ⁷³ Carta de Cañal a Martín Artajo, 27-5-48, AMAE: R. 2.872, Exp. 98.
- ⁷⁴ Entrevista a Carlos Cañal en *Informaciones*, 6-8-48, HMM.
- ⁷⁵ Carta de Cañal a Martín Artajo, 27-5-48, AMAE: R. 2.872, Exp. 98.
- ⁷⁶ Carta de Sangróniz a Martín Artajo, 23-12-48, AMAE: R. 3.997, Exp. 17.
- ⁷⁷ Carta de Ponce de León a Martín Artajo, 13-5-48, AMAE: R. 3.997, Exp. 17.
- ⁷⁸ Los presupuestos para la Oficina Cultural se van a mantener relativamente altos en los años posteriores (alrededor de los 4,5 millones de liras). Distribución del Crédito Cultural en Italia, 1949-51, AMAE: R.2.962, Exp. 17/19.
- ⁷⁹ Memoria de la Oficina Cultural de la Embajada en Italia, 1948, AMAE: R. 3.997, Exp. 17.
- ⁸⁰ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, «La destrucción de la ciencia en España. Las consecuencias del triunfo militar de la España franquista», *Historia y Comunicación Social*, 6, 2001, pp. 149-186.
- ⁸¹ Memoria de la Oficina Cultural de la Embajada en Italia, 1948, AMAE: R. 3.997, Exp. 17.
- ⁸² Memoria de la Oficina Cultural de la Embajada en Italia, 1951, AMAE: R. 2.886, Exp. 2.
- ⁸³ Memoria de la Oficina Cultural de la Embajada en Italia, 1948, AMAE: R. 3.997, Exp. 17.
- ⁸⁴ COLARIZI, Simona, *Storia politica della Repubblica, 1943-2006 : partiti, movimenti e istituzioni*, Roma, Laterza, 2007. GINSBORG, Paul, *Storia d'Italia dal dopoguerra a oggi*, Torino, Einaudi, 1989.
- ⁸⁵ Distribución del Crédito Cultural en Italia, 1949-51, AMAE: R.2.962, Exp. 17/19.
- ⁸⁶ Aunque Joaquín Ruiz Jiménez y la embajada en el Vaticano tuvieron influencia en su creación y, sobre todo, el nombramiento del director, éste fue siempre un proyecto de la Embajada en Roma y, más concretamente del tándem Sangróniz-Ponce de León. Un detallado análisis de la documentación del Ministerio de Asuntos Exteriores nos demuestra que esta idea había comenzado a circular ya en el año 1947, antes de que llegara Ruiz Jiménez a la embajada de la Santa Sede. Además, la gestión de este Instituto dependía tanto política como económicamente de la Oficina Cultural de la Embajada en Italia. Esto contradice claramente las tesis de DÍEZ DE VELASCO, Francisco y ALVAREZ DE MIRANDA, Pedro, «El profesor Ángel Álvarez de Miranda: la Historia de las Religiones y el Instituto Español de Lengua y Literatura» en *Repensar la escuela del CSIC en Roma: Cien años de memoria*, Madrid, CSIC, 2010).
- ⁸⁷ Memoria de la Oficina Cultural de la Embajada en Italia, 1948, AMAE: R. 3.997, Exp. 17.
- ⁸⁸ Memoria de la Oficina Cultural de la Embajada en Italia, 1948, AMAE: R. 3.997, Exp. 17.
- ⁸⁹ Nota del Ministerio de Asuntos Exteriores, 28-4-49, AMAE: R. 4.077, Exp. 13/14.
- ⁹⁰ Memoria de la Oficina Cultural de la Embajada en Italia, 1951, AMAE: R. 2.886, Exp. 2.
- ⁹¹ Memoria de la Oficina Cultural de la Embajada en Italia, 1951, AMAE: R. 2.886, Exp. 2.
- ⁹² Memoria de la Oficina Cultural de la Embajada en Italia, 1951, AMAE: R. 2.886, Exp. 2..

